

LA IDEA

Sr. D.

SEMANARIO REPUBLICANO

Suscripción. Un año..... 4 pesetas.
Un trimestre..... 1 id.
Un mes..... 0'35 id.
Número suelto corriente 0,10; atrasado 0,20.
Anuncios y comunicados, precios convencionales.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Cuesta del Alcázar, 20.—Teléfono 133.

El pago es adelantado.
No se devuelven los originales aunque no se publiquen.
De los trabajos suscritos responden los firmantes.
Toda la correspondencia al director, D. Magdaleno de Castro.

EL «QUIJOTE»

Con fecha de 26 de Septiembre de 1604, obtuvo Cervantes real privilegio para la impresión del D. Quijote, la cual quedó terminada á mediados de Diciembre. Al comenzar el año siguiente 1605, el libro estaba á la venta en casa del librero Robles.

Fué impresa esta primera edición por Juan de la Cuesta, gustando el libro mucho más al público que á los hombres de letras, aunque ni uno ni otros le concedían la gloriosa importancia, la humana trascendencia que le constituye en monumento del pensar y el sentir humanos, único en su género.

No obstante su triunfo fué tan rápido como completo, siendo conocido en Francia, Italia, Portugal y los Países Bajos, casi tan pronto como en España.

Antes de 1612 el literato inglés Skelton le había traducido á su idioma nacional.

En 1615 y por el mismo Juan de la Cuesta se imprimió la segunda parte de D. Quijote, escrita por Cervantes, la cual tuvo la misma aceptación que la primera.

A los comienzos, pues, de este año de 1905, se ha cumplido el tercer centenario de la aparición del Libro, por antonomasia, de los españoles, que no ya España sino el mundo culto, por estos días ha celebrado.

En España, la mano del oficialismo ministerial ó de orígenes ministeriales, ha sido menos notada—sino es por omisión—que en otro homenaje también reciente; pero el último, si bien menos hojarascoso, ha sido *verdadero*, de una acción general más intensa, más intensamente plástica, más efectiva, no habiéndole faltado el concurso de ningún elemento—como tal elemento—de los que en unos ó en otros órdenes, integran la vida nacional.

LA IDEA se asocia con religiosa veneración al universal homenaje tributado al glorioso *manco*, al *hombre sublime* que con una destreza sin ejemplo, con una penetración sin igual, acertó á tender entre los caracteres negros del Libro, el hilo de oro de su inspiración divina, sonda sutil y luminosa del alma y de la vida humanas.

EN MI CENTENARIO

No podía mi ánimo dejar de estar con la más atenta de sus partes, aun teniendo estos días que atender á tantas, en las fiestas que por el nacer de mi libro regocijaron á Toledo. Ciudad fué que siempre me atrajo y alrededor de ella giraron mi nacer y morir, como mis aventuras y desgracias, entre las que colocar debo mi casamiento.

Por uno de los actuales ingenios toledanos, de menos lucido producir que en mis tiempos, fui guiado á donde enseñan humanidades y otras disciplinas del entendimiento sin las que há tres siglos nos pasábamos, y tras un retablo de altar, en que hoy nada se consagra, ví y oí lo dispuesto por maestros y discípulos para glorificar á este sirviente de nobles y recaudador del Estado.

Muy de mi agrado fueron las damas, que como de la tierra de la que tomé por mía, estaban holgadas de hermosura; parecieronme bien por lo sesudos y atentos

los señores y lo regocijados y listuelos los escolares, y bajo tales augurios de buen resultado, escuché á un señor con capisayo ó clámide que parecía ser el que allí mandaba, aunque no lo pareciera, por estar en más privilegiados sitios otros dos al parecer cruzados, por las bandas que lucían y á cuento de las cuales creo les llamó el togado vucelencias y señorías. ¡Por esto juzgo que poco hemos ganado, desde que yo se lo había de llamar á tanto cortesano protegido de obispo ó magnate!

El director—decían así los estudiantes—calló de las grandas voces que por honrarme diera, y sacó papeles que por mi ver no le dieron más soltura de palabra ni de pensamiento, lo que no fué bastante para que piense yo en menoscabo de su cargo, porque ando en dudas si tendrá razón mi maestro de libro el Doctor Juan Huarte, que en su *Examen de ingenios* tiene un capítulo «Donde se prueba que la elocuencia y policía en el hablar no puede estar en los hombres de grande entendimiento.»

Aplaudió la gente, no se si el callar de aquel ó el aparecer de otro, maestro, me dijeron, de la lengua de los galos. Buen humanista debía ser éste, porque adecuaba sus medios á los fines y seguía los clásicos preceptos de retóricos y gramáticos en la exposición de mis méritos y malandanzas, que hoy se trocaban, por arrepentimiento de las gentes, en glorias y alegrías. Aplaudí con el público y por ser de justicia y me cortó el aplauso ver ocupar la cátedra una niña, que cantó en verso el siglo de mi vida, á que ahora llaman de oro, sin duda por antitesis de no haberlo visto yo nunca en mi faltriquera. Suave fué la nota y aquella Carmen Villalba puede aceptar un cariño que gozoso la devuelvo por el que ella hizo á mi alma cansada de viejos, que no de hombres.

Aprendiz también de las buenas letras fué un chiquillo que me hizo escuchar el capítulo XLII que olvidado tenía de mi Quijote; del propio gremio era un mozalvete que intitulan Martín Roa, que reposada y claramente hizo mi elogio, demostrando en ello buen ingenio, porque como discípulo bueno es el que obedece al que bien dice, y éste mostró imaginativa en el decir lo que su memoria cogió de los maestros, y aun seguridad de entendimiento más que brillantez de exposición.

Tras buen rato de una música tan oculta como yo, siguió la ceremonia con un sendo relatorio de suposiciones y cábalas, de lo que yo quise decir y no dije, simbolismos y tropologías que me han dañado más que las críticas, ya que mi gran deseo fué hablar claro y en evidente armonía mi pluma con mi caletre. Yo le perdono, para que el público lo haga, la intención al maestro en buena letra que no necesité para que todos me lean con deleite.

Más por lo que yo suponía que por lo que oía, grata como de niña fuéme la carta en *rancio lenguaje caballeresco* leída por María Espluga, de modo igual á los breves versos del colegial Lafuente á mi apellido dedicados. Por la aquiescencia de todos y mi juicio como de ultratumba desapasionado, llevó el galardón de la fiesta aquel mozuelo más medrado de espíritu que de materia, estudiante que me juzgó como novelista, con datos y dotes que denotan buenas cualidades en el juicio y gran desenfado en el decir, punto por el que puede quebrar este principiante sino hace que sea

señor el pensar y sirviente el hablar, como corresponde á toda obra de enjundia y duración.

No terminó con éste Roda, el homenaje que comenzaba á pecar por sobra de pafío, sino que tuve la suerte de salir del paraninfo del Instituto entre las voces y músicas de un himno que permitieron á mi incorpórea presencia pasar desapercibido de aquellos á quien agradezco el homenaje.

MIGUEL DE CERVANTES.

A PESAR DE TODO

Sencillamente por juzgarlo interesante al venir de donde y de quien viene, insertamos el siguiente fragmento de un trabajo titulado *Charlemos*, que ha poco vió la luz.

«Como habrán observado mis lectores hace años que los suprimí de mi repertorio—se refiere á «los adjetivos» y á las «frases tremebundas»—convencido de que nada se consigue con lanzarlos, ¿dónde estaría ya la monarquía si con calificativos duros se la derribase?; como tampoco se adelanta nada amenazando sin tener el palo en la mano; (razón por la cual me dedico casi exclusivamente á ver si podemos empuñarlo pronto); como igualmente me preocupa más (y en ocasiones me indigna más también) lo que dejamos de hacer los republicanos, que lo que hacen los monárquicos. Hubiéramos cumplido nosotros con nuestro deber, y hace tiempo que ellos no harían barrabasadas, atropellos, injusticias, infamias ni crímenes..... porque habría desaparecido la monarquía.

Y aprovecho la ocasión (aunque parezca traída por los cabellos), para hablar de esto, y rogar de paso á mis correligionarios, que no malgasten bríos ni amenaguen energías en ametrallar con palabras gordas á los monárquicos, palabras de las cuales se ríen, y hacen bien, por constarles su ineffectia; y que, en cambio apliquen, centuplicándolos, todos sus esfuerzos á organizarse en forma adecuada para que todo suceso favorable nos encuentre apercibidos y ninguno adverso desprevenidos; que á la vez procuren mantener la Unión, ensanchándola cuanto sea posible, sin fijarse en detalles pequeños, ni en si estas ó aquellas personas responden ó no á lo que de ellas se esperaba; persistiendo la Unión, todo lo demás puede fácilmente remediarse; y por último, que adviertan cuán difícil sería alzarnos otra vez, si cayéramos ahora en la división y el desquiciamiento en que durante tantos años vivimos.

Hace meses vengo pensando, que los monárquicos pudieran algún día entrar como factores en la traída de la República. ¿Quiénes? ¿De qué lado vendrían? No lo sé. (Verdad es que tampoco lo diría si lo supiera.) Pero lo que sí digo, es que, el que vinieran más ó menos pronto, dependería de la manera como nosotros obrásemos; y que, si nos dividiéramos nuevamente, hasta esa esperanza perderíamos. ¿Quién sería tan necio que se sumase con hombres que sólo sabían vivir divididos?

Síntesis de todo lo dicho:

Hay que mantener la Unión, á todo trance y á pesar de todo. Es la única garantía que podemos ofrecer á los que pudieran aspirar á unírseles para salvar la patria.

JOSÉ NAKENS.